LIBRO DE HECHOS

Lección 31, Capítulo 13 y 14

En Antioquía de Pisidia (había muchas ciudades llamadas Antioquía), Pablo dijo lo siguiente a la congregación de la sinagoga a la que se dirigía, según está registrado en Hechos 13:38 y 39:

Hechos 13:38-39, CJB

38 ¨Por lo tanto, hermanos, sepan que por medio de este hombre se les anuncia el perdón de los pecados.

39 Es decir, Dios declara libres a todos los que ponen su confianza en este hombre, incluso respecto de todas aquellas cosas de las que no podían ser declarados libres por medio de la Torá de Moshe¨.

La semana pasada analizamos esta declaración en detalle porque constituye el núcleo incandescente de nuestra fe. Pero también es crucial para ayudarnos a comprender al Pablo histórico y lo que quiere decir cuando habla de su perspectiva sobre la Ley en algunas de sus cartas, que forman parte de los libros bíblicos del Nuevo Testamento que llamamos Epístolas. Haré poco más que resumir el significado directo de los versículos 38 y 39. Está claro que, independientemente de la traducción al inglés que se elija, el punto central es que Pablo dice que hay cosas en la Torá de Moisés para las cuales no era posible obtener perdón mediante el sistema de expiación de la Torá. Sin embargo, confiar en «este hombre» (Yeshua) puede librarnos de esos pecados que antes eran imperdonables. La interpretación cristiana mayoritaria de este versículo es que la Torá nunca perdonó pecado alguno. Solo Yeshua puede hacerlo. Esa conclusión desconcertante es un buen ejemplo de una doctrina humana creada para satisfacer cierta agenda, tras lo cual, sin importar lo que diga la Biblia, se tuerce o se alegoriza la Escritura para sostenerla.

La semana pasada examinamos Levítico 4:32-35 como ejemplo de que la Torá afirma que, si el pecador tenía un corazón contrito y seguía los

procedimientos rituales (es decir, ofrecía un sacrificio), entonces sería perdonado por ese pecado. **Levítico 4:35** dice: **¨Así el cohen hará expiación por él por el pecado que cometió, y será perdonado¨.** Esta misma afirmación aparece numerosas veces en la Ley de Moisés, por lo que no puede tratarse de un error de traducción ni de otra cosa que no sea un patrón establecido por Dios. Es evidente que la Biblia nos dice que el sistema sacrificial ofrecía perdón real por los pecados; por tanto, lógicamente, Yeshua no puede representar la primera ocasión en la historia en que los seres humanos pudieron alcanzar el perdón de los pecados. Más bien, como indica la lectura evidente de Hechos 13:39, había ciertos pecados en la Torá de Moisés que no podían ser perdonados, pero el Mesías Yeshua sí puede perdonarlos.

Aunque ya lo he dicho en estudios anteriores de los libros del Antiguo Testamento, vale la pena repetirlo: o el perdón de los pecados ocurría como resultado de un sacrificio animal administrado correctamente por medio del sacerdocio levítico, o no ocurría. Si un sacrificio animal no proporcionaba el perdón prometido, entonces la Torá sencillamente está equivocada. Así que, si el sistema sacrificial no expiaba los pecados tal como afirma la Torá, Dios habría creado y dado a los israelitas un sistema defectuoso, o los habría engañado haciéndoles creer que los sacrificios animales perdonaban el pecado cuando en realidad no lo hacían. Y como Dios mismo dio la Torá a Moisés, la conclusión sería que Dios cometió un error o cambió de opinión. Ambas posibilidades son tan impensables para el cristianismo como para el judaísmo. Una vez más: Pablo señala que Yeshua podía perdonar únicamente aquellos pecados para los cuales el sistema sacrificial de la Torá no estaba diseñado para ofrecer perdón, como la idolatría, el adulterio y el asesinato. De hecho, la Mishná dice que hay 36 pecados por los que ningún sacrificio animal puede proporcionar perdón.

Pero en los versículos 38 y 39 también vemos una comprensión fundamental de la teología de Pablo: el tipo de perdón de Yeshua es mejor y más abarcador que el perdón disponible en la Torá de Moisés. Veámoslo así: hay dos lados en el registro divino de la justicia que aborda la Torá. En un lado hay una serie de leyes escritas que deben obedecerse. En el otro está lo que debe hacerse cuando se desobedece una de esas leyes. El sistema sacrificial de expiación solo trataba el lado del registro que se

ocupa de qué hacer cuando se desobedece una ley. Este lado también se llama la maldición de la Ley, porque trata las consecuencias negativas de quebrantarla. Lo mismo ocurre con Yeshua: vino a tratar el lado del registro de la justicia relacionado con lo que sucede cuando se desobedece una ley, el lado que trata la maldición de la Ley. Por eso, durante el Sermón del Monte, después de abordar algunas leyes de la Torá y explicar su significado e intención más profundos, se detuvo en Mateo 5:17-19 para declarar que no había venido a ocuparse del lado del registro de la justicia que establece las numerosas leyes y mandamientos que forman la Ley de Moisés. Como dice el pasaje: «No he venido a abolir la Ley ni los Profetas». Su propósito no era terminar ni editar la lista de leyes divinas del registro. Así que, cuando Pablo habla de la Ley y del perdón del Mesías, lo hace en este contexto. Es en el lado del registro que trata las consecuencias de quebrantar la Ley donde Pablo establece que Yeshua es superior a los remedios que la Ley puede ofrecer para el perdón. Por tanto, Yeshua es la respuesta a la maldición de la Ley, no a la Ley misma.

Volvamos a leer los últimos versículos de Hechos 13.

VOLVER A LEER HECHOS 13:30 HASTA EL FINAL

Después de explicar a su audiencia mixta de judíos y gentiles temerosos de Dios que Yeshua era aquel prometido en el Pacto de Abraham y que perdona los pecados, Pablo emite una severa advertencia. Para hacerlo, toma prestado un pasaje de ***Habacuc*** capítulo 1. La advertencia es que, por medio de Yeshua, Dios está realizando una obra asombrosa, difícil de creer incluso cuando alguien la explica minuciosamente. Pero a quienes se burlen de lo que Dios ha hecho les espera la pena de muerte eterna. Por cierto, la redacción de este pasaje citado es una excelente prueba de que Pablo enseñaba a partir de la Septuaginta griega, pues allí aparece exactamente de esa manera. La versión de la Biblia hebrea es un poco diferente; la diferencia más importante es que no añade «ustedes, burladores». Es de esperar que Pablo enseñara a partir de la Septuaginta griega, ya que se dirigía a hablantes de griego en tierras extranjeras.

Esto es lo importante: Pablo está declarando, en esencia, que Yeshua es Dios, aunque no lo diga explícitamente. Todo niño judío sabía que solo

Dios podía perdonar pecados, así que cuando Pablo dice que Yeshua podía perdonarlos, entendían de inmediato la implicación. El Mesías Yeshua fue cuestionado precisamente porque dijo que podía perdonar pecados.

Marcos 2:5-7, CJB

5 Al ver la confianza que tenían, Yeshua le dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados».

6 Algunos maestros de la Torá que estaban sentados allí pensaban para sí mismos:

7 «¿Cómo puede este hombre decir semejante cosa? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios?».

Sin duda, la enseñanza de Pablo acerca del perdón de los pecados en Yeshua fue la principal responsable de que lo golpearan y lo expulsaran de más de unas cuantas sinagogas y ciudades. Para los judíos que sencillamente no podían aceptar la gran obra que Dios había realizado, esa declaración parecía blasfemia e idolatría.

Shulam y Le Cornu han hecho un trabajo maravilloso al investigar los documentos de los Rollos del Mar Muerto, y han encontrado muchos escritos que suenan exactamente como el mensaje del Evangelio. Tiene sentido: los esenios se separaron del Templo y de la sinagoga, y estudiaron diligentemente el Tanaj (la Biblia hebrea). Por eso no sorprende que encontraran al Mesías, o a alguien semejante a él, en los pasajes de los Profetas. Escuchen este pasaje de un documento de los Rollos del Mar Muerto que es, en esencia, un **midrash** (comentario) sobre el libro de **Habacuc**:

Habacuc 1:5…¨ ¡Miren, traidores, y contemplen; asómbrense y queden atónitos! En sus días se realiza una obra que no creerían si se la contaran. La interpretación de la palabra se refiere a los traidores asociados con el Hombre de la Mentira, porque no creen las palabras del Maestro de Justicia procedentes de la boca de Dios; y se refiere a los traidores del nuevo pacto, porque no creyeron en el pacto de Dios y deshonraron su santo nombre. No creerán cuando oigan que todo esto va a suceder a la generación

final, por boca del Sacerdote que Dios ha colocado dentro de la Comunidad, para anunciar el cumplimiento de todas las palabras de sus siervos los profetas, por medio de quienes Dios ha declarado todo lo que va a sucederle a su pueblo Israel¨.

El Maestro de Justicia es un concepto claramente paralelo al del ungido, el **mashíaj**, aunque no hay pruebas de que los esenios pensaran que Yeshua de Nazaret era el Maestro de Justicia que esperaban. Creían que ese Maestro sería uno de los suyos.

Las palabras de Pablo conmovieron tanto a muchos miembros de la congregación de Antioquía que le rogaron que regresara el siguiente Shabat para enseñar de nuevo. Recuerden: dentro del judaísmo, el Shabat se había convertido en un día en que los miembros más piadosos de la comunidad judía se reunían en la sinagoga para orar, adorar y estudiar. Era una tradición, no una ley de la Torá. No leerán sobre una reunión comunitaria de adoración en el día de reposo en el Antiguo Testamento, porque esa tradición aún no se había establecido al finalizar el período del Antiguo Testamento. Por eso, nunca debemos considerar que reunirse en Shabat sea una instrucción bíblica directa. Dicho esto, ciertamente no hay nada de malo en ello, y reunirse el sábado, o el viernes después de la puesta del sol, es algo bueno y apropiado para cualquier creyente. Está claro que Yeshua iba a la sinagoga en Shabat, y encontramos a sus discípulos haciendo lo mismo, no porque Yeshua lo hiciera, sino porque era la norma cultural, del mismo modo que el servicio dominical es una tradición en el mundo cristiano y se ha convertido en una norma cultural.

Es importante observar que el enfoque de Pablo al hablarles de Yeshua y del Evangelio a aquellos judíos y gentiles temerosos de Dios de Antioquía fue tratarlos con respeto, sin acusarlos, denigrarlos ni incitarlos. En cambio, les enseñó comenzando con Abraham y explicando el camino hacia la redención por medio de los patriarcas, luego David y finalmente Yeshua. Lo hizo con términos y acontecimientos históricos que los judíos, y los gentiles educados en la religión judía, entenderían y encontrarían familiares. Más adelante, cuando Pablo hable con otros gentiles que no son temerosos de Dios (paganos) y que no saben prácticamente nada del

Dios de Israel, adoptará otro enfoque y utilizará términos que sabe que entenderán.

Pablo regresaría a Antioquía de Pisidia y, aparentemente, en esa segunda ocasión su énfasis fue animarlos a mantenerse firmes en lo que habían aprendido. Hablar a una congregación, hacer algunos creyentes, marcharse y regresar más tarde para animarlos parece haber sido un patrón de Pablo.

El versículo 45 habla de muchos judíos que habían escuchado a Pablo, pero no habían creído; se opusieron a él e intentaron interrumpir su misión. La razón de su indignación era que sentían que Pablo blasfemaba. Ya mencioné que, sin duda, la blasfemia comenzó con la idea de que Yeshua podía perdonar pecados, lo que significaba que era Dios; y ese sigue siendo el verdadero punto central para los judíos hasta hoy. Sin embargo, el versículo siguiente apoya la idea de que algunos de esos judíos que se opusieron a Pablo estaban molestos por la inclusión de los gentiles. En respuesta al enojo y las acusaciones de los judíos que no creían, Pablo dijo lo siguiente en el versículo 46:

Hechos 13:46, CJB

46 Sin embargo, Sha'ul y Bar-Nabba respondieron con valentía: «Era necesario que la palabra de Dios se les anunciara primero a ustedes. Pero, puesto que la rechazan y se consideran indignos de la vida eterna, ¡nos volvemos a los Goyim!».

Este asunto de los gentiles es, hay que admitirlo, un poco difícil de entender, ya que los gentiles temerosos de Dios ya formaban parte de la congregación de aquella sinagoga antes de que llegaran Pablo y Bernabé. Tal vez la indignación se debiera a que una cosa era permitir que los gentiles acudieran como invitados a adorar al Dios de Israel, y otra muy distinta que fueran redimidos y santificados por un Mesías exclusivamente judío. En otras palabras, una cosa es permitir que un inmigrante extranjero entre a tu país para trabajar y pagar impuestos, y otra ofrecerle la ciudadanía y todos los derechos que esta conlleva. En mi opinión, todas estas objeciones acerca de los gentiles se reducen al asunto de la circuncisión, el mecanismo mediante el cual un extranjero puede convertirse al judaísmo. Y, como vemos que se va desarrollando,

Pablo en particular se opone abiertamente a que un gentil tenga que convertirse en judío para ser injertado en los pactos judíos con Dios y, por tanto, disfrutar de los beneficios de la salvación. No me cabe duda de que lo que estudiaremos en Hechos 15 está directamente relacionado con la conversión de los gentiles, los problemas de pureza ritual que provocan y su elegibilidad para ser salvados por el Mesías judío.

Como dice el versículo 48, los gentiles se alegraron mucho al escuchar este mensaje de Pablo, especialmente cuando citó Isaías 49, que aplicó directamente a esta situación en la que Pablo y Bernabé eran luz para los **goyim**. Pero más adelante, en el versículo 48, aparecen unas palabras que han sido el detonante de la creación de la doctrina eclesiástica de la predestinación. Las palabras son: **¨...y todos los que habían sido destinados a la vida eterna creyeron¨**. He comprobado el texto griego y varias traducciones al inglés, y todas dicen lo mismo. Las palabras parecen indicar que Dios destinó a muchos a la vida eterna y que fueron ellos quienes llegaron a creer. Por extensión, quienes Dios NO destinó a la vida eterna en la eternidad pasada NO llegaron a confiar en Yeshua. La doctrina de la predestinación afirma que, desde la eternidad pasada, Dios determinó por su propia voluntad quién sería salvo y entraría en el Reino de Dios y quién no. Esta doctrina es un pilar del calvinismo. La famosa Confesión de Westminster define esta doctrina diciendo que Dios, «desde toda la eternidad, por el consejo más sabio y santo de su propia voluntad, ordenó libre e inmutablemente todo lo que sucede». Después suele citarse Efesios 1:11.

Efesios 1:11, CJB

11 ¨También en unión con él recibimos una herencia, nosotros que fuimos escogidos de antemano según el propósito de aquel que realiza todas las cosas de acuerdo con la decisión de su voluntad...¨.

En otras palabras, la doctrina de la predestinación afirma que el curso de la historia humana está fijado irrevocablemente; todo lo que tú o yo llegaremos a ser o hacer se decidió hace mucho tiempo, y ya se predeterminó si seremos salvos o no. Por tanto, la idea de elegir es una ilusión: Dios ha programado sobrenaturalmente a cada uno de nosotros

para que tomemos todas las decisiones que él quiere que tomemos. Puede parecernos que elegimos por nuestro propio libre albedrío humano, pero en realidad somos como computadoras preprogramadas que solo hacen aquello para lo que sus programadores las construyeron. Según la denominación de la que uno provenga, su doctrina de la predestinación adoptará formas muy distintas de las de otras denominaciones. Algunas niegan por completo la predestinación; otras, como Calvino, sostienen esencialmente que cada detalle de la vida y de la historia fue escrito antes de nuestro nacimiento. Un enfoque intermedio plantea que Dios conoce de antemano —en vez de predeterminar— lo que hará cada persona y si elegirá seguir a Yeshua o no.

No cabe duda de que estos pasajes de Pablo parecen apoyar la predestinación. ¿De dónde pudo sacar Pablo la idea de que todo había sido predeterminado por Dios, y que el destino de la historia humana y el de cada ser humano quedó fijado antes de Adán y Eva? En los días de Pablo había tres corrientes principales de pensamiento y filosofía religiosa judía: la de los saduceos, los fariseos y los esenios. Los saduceos negaban que Dios interviniera de cualquier manera en los asuntos y las decisiones humanas. Los fariseos afirmaban que algunas cosas sí estaban predestinadas por la voluntad de Dios, pero que otras las determinaba la voluntad de cada persona y Dios sabía de antemano cuáles serían. Los esenios creían lo mismo que Calvino: todo había sido predeterminado por Dios, y cada persona solo debía vivir el destino ya fijado para descubrir cuál era, pero únicamente después de que sucediera.

Así que, claramente, Pablo creía lo mismo que los fariseos (después de todo, él era fariseo) o lo mismo que los esenios. No quiero convertir esta lección en un debate sobre la predestinación, pero, lamentablemente, este asunto se nos presenta aquí. Sin profundizar demasiado, esto es lo que creo que Pablo creía, y lo que yo creo. La versión esenia (que es la misma que el calvinismo) prácticamente anula el libre albedrío humano, salvo para las decisiones más triviales (elegir helado de chocolate en vez de fresa, por ejemplo). No veo eso en Pablo como persona ni en sus escritos. Más bien, insiste en que cada individuo tome decisiones. Incluso en su declaración de Hechos 13:46 ***—«Era necesario que la palabra de Dios se les anunciara primero a ustedes. Pero, puesto que la rechazan y se consideran indignos de la vida eterna, nos volvemos***

a los Goyim»— la idea es que los judíos a quienes habló eligieron rechazar su mensaje y, por tanto, renunciar a la vida eterna; como resultado, Pablo lleva ese mismo mensaje a los gentiles. Hay un tono claro de decisiones individuales tomadas mediante el libre albedrío. Elegir y volverse son, de hecho, dos temas típicos de las cartas de Pablo: nos exhorta a elegir hacer la voluntad de Dios en vez de la nuestra y a decidir apartarnos del mal para hacer el bien. Si estos no son actos de la voluntad humana, no sé cómo definir lo que hace la voluntad humana ni por qué Dios nos dio una.

Es realmente frustrante el patrón que encontramos en Pablo: a veces hace una declaración contundente que parece inequívoca, y luego, en otra ocasión, dice algo un poco distinto, pero igual de contundente, sobre el mismo tema. Si buscan en internet, encontrarán muchos sitios cristianos con secciones enteras dedicadas a los puntos en que consideran que Pablo contradice directamente a Yeshua. O a Pablo contradiciéndose a sí mismo. No creo que ocurra ninguna de esas dos cosas, aunque es fácil entender por qué puede parecerlo. Hemos dedicado mucho tiempo a estudiar a Pablo como persona y hemos visto que, fuera de su experiencia personal con Yeshua, la influencia más importante en su vida fue la sinagoga y quienes la dirigían: los fariseos. Esas influencias no desaparecieron de repente, aunque algunos aspectos de su teología acerca del Mesías ciertamente cambiaron cuando aprendió y aceptó que Yeshua es el Mesías.

Pablo pensaba como fariseo porque era fariseo, y la salvación no cambió eso. Considero que Pablo ocupaba esa posición intermedia farisea en cuanto a la predestinación: algunas cosas sí están predeterminadas por Dios, pero otras no. No está del todo claro cuáles son cuáles. Aquí tenemos un misterio sobre el que podemos debatir sin llegar a conocerlo con certeza. Pero el simple sentido común nos lleva a preguntarnos: ¿por qué diría el Mesías que el Evangelio debe llevarse hasta los confines de la tierra si todos ya están predestinados a elegir una de dos opciones? Aquellos a quienes predicamos y que rechazan el mensaje estarían predestinados a rechazarlo y habrían nacido para ir al infierno. Quienes lo aceptan estarían predestinados a la salvación y, pase lo que pase, se salvarían antes de morir. Si esto fuera cierto, los esfuerzos evangelísticos de las iglesias de todo el mundo, así como el sufrimiento y las dificultades

que soportaron los apóstoles, serían ejercicios bastante inútiles. En tal caso, se estaría jugando un juego cruel con nosotros, que seríamos poco más que marionetas indefensas manipuladas por un Dios del azar. Ese no es el Dios que conozco ni el Dios que describe Pablo.

Para terminar el capítulo 13, aprendemos que un grupo de judíos que no creían acudió a algunas mujeres gentiles temerosas de Dios y las incitó a perseguir a Pablo y Bernabé. Es interesante que se describa a estas mujeres como personas de posición social elevada. Las mujeres acomodadas de aquella época, especialmente las aristócratas, llevaban vidas de ocio y sus esposos controlaban todos los aspectos financieros del matrimonio. Sin embargo, un ámbito fuera de la familia al que a menudo se permitía acceder a las mujeres era el de actuar como benefactoras de diversos grupos sociales y religiosos. Por eso encontramos, tanto en los libros de historia como en nuestras Biblias, a mujeres adineradas que recibían reuniones en sus casas, daban comida o ropa a los pobres o apoyaban alguna causa; por lo general, eran cosas en las que sus esposos tenían poco interés, pero que les daban a ellas un sentido de valor e importancia.

También debemos observar que, como el término «persecución» se utiliza con frecuencia en el Nuevo Testamento, abarca una amplia gama de intensidades: desde el simple hostigamiento hasta la violencia y el asesinato. Aquí parece referirse principalmente al hostigamiento que consistía en decirles a los emisarios que se marcharan porque ya no eran bienvenidos. Pablo y Bernabé decidieron irse. Como veremos más adelante, a menudo regresaban a lugares donde los habían tratado mal, así que no eran hombres tímidos ni temerosos. Al parecer, después de consultar al Espíritu Santo, decidieron que por el momento lo mejor era marcharse. Después de todo, habían establecido un grupo central de creyentes en Antioquía de Pisidia, y era un muy buen comienzo. Así que partieron hacia Iconio con la esperanza de hacer lo mismo. Pasemos al capítulo 14.

LEER TODO HECHOS 14

Como era su costumbre, Pablo y Bernabé fueron a la sinagoga local de Iconio y se les dio la oportunidad de hablar. Muchos llegaron a creer como

resultado: judíos y gentiles temerosos de Dios (los gentiles paganos no asistirían a las sinagogas). Iconio era una importante ciudad romana situada a unas 95 millas al este de Antioquía de Pisidia, en un cruce de importantes rutas comerciales. Sin duda, allí vivía una comunidad judía considerable, en parte gracias a las oportunidades de negocio.

Pero, así como muchos habían llegado a creer, también había un número considerable de judíos que se oponían y estaban molestos por el mensaje del Evangelio de los discípulos, por lo que buscaron una alianza con los gentiles locales para causar problemas a Pablo y Bernabé. Como siempre, tenemos que preguntarnos cuál era el motivo principal de su indignación. En la diáspora, las cuestiones religiosas eran menos evidentes que en el ambiente religioso hipersensible de Jerusalén, pero seguían existiendo. En Jerusalén, los conflictos se referían principalmente a asuntos doctrinales internos del judaísmo, muy matizados, que implicaban disputas entre facciones. Fuera de la Tierra Santa, en cambio, los conflictos religiosos tenían más que ver con el judaísmo frente a las diversas religiones paganas que dominaban el Imperio romano.

Creo que a los cristianos y a los estudiantes de la Biblia puede resultarles difícil comprender cómo sonaba para los paganos de la época del Nuevo Testamento que los judíos les hablaran de un solo Dios y luego condenaran duramente los males de la idolatría. El concepto de idolatría solo existe en una religión que prohíbe los ídolos, y esa prohibición suele limitarse al judeocristianismo. En otras palabras, hasta los tiempos del Nuevo Testamento, solo los judíos acusaban a otros de idolatría, porque en todas las demás religiones el uso de ídolos era habitual, normal y aceptado. Que una minoría pequeña pero muy expresiva, que vivía de maneras inconformistas, te reprendiera y te dijera que eras malvado por tener los queridos ídolos de tu hogar y adorar sinceramente a los dioses y diosas griegos y romanos —como hacía prácticamente todo el mundo, incluidos tus respetados líderes políticos y sociales— no era bien recibido por la mayoría, que se sentía a gusto con sus ídolos y su religión.

Los judíos mostraban un desprecio abierto por el panteón de dioses que dominaba todas las sociedades gentiles entre las que vivían en la diáspora. Eso hacía que los ciudadanos del Imperio romano sintieran que los judíos y el judaísmo eran grupos sectarios y aislacionistas que creían

que todo lo que hacían respecto del mundo espiritual era correcto, y que todo lo que los demás hacían al respecto no solo era diferente, sino incorrecto. Por otra parte, la sociedad gentil romana toleraba bastante las muchas creencias religiosas y los distintos sistemas de dioses, incluido el judaísmo, a menos que los judíos se volvieran demasiado radicales e irritantes según su manera de pensar.

Hay que comprender cuán diferente y separado de todas las demás religiones del mundo era —y sigue siendo— el judaísmo. El historiador romano Tácito, nacido en la época de los acontecimientos que estamos leyendo en el libro de Hechos, dijo lo siguiente sobre la religión judía: «Los judíos consideran profano todo lo que nosotros tenemos por sagrado». Deténganse a pensar en ello. Los romanos podían ser paganos a los ojos de los judíos, pero ciertamente no se consideraban paganos. En general, los romanos eran bastante religiosos. Oraban con regularidad, tenían templos, ofrecían sacrificios, daban diezmos y creían en seres divinos superiores a ellos. Se consideraban personas piadosas y buenas. Pero las leyes de Moisés contradecían tantas costumbres religiosas del Imperio romano, y los judíos eran tan distintos en lo que comían, vestían y practicaban en su religión, además de resistirse tanto a reconocer o participar en las prácticas religiosas paganas de sus vecinos, que a menudo se les consideraba distantes, antipáticos, poco cooperadores y muy intolerantes. Los griegos y los romanos tenían una mentalidad abierta respecto de la religión; los judíos, no. Y, por supuesto, en nuestra época, igual que hace 2.000 años, la sociedad en general valoraba mucho la tolerancia y la apertura mental en todos los asuntos, incluida la moral y la religión. Por eso, cuando una religión como el judaísmo o el cristianismo desprecia la tolerancia y la apertura mental, o se niega a aceptar todas las religiones y todos los libros sagrados como buenos, sus seguidores son vistos por los demás como personas odiosas y retrógradas, un problema social que debe resolverse.

Y, al igual que hoy, la mayoría de los judíos del Imperio romano se esforzaba por mantener un equilibrio entre observar su religión y adoptar una actitud de vivir y dejar vivir respecto de sus vecinos paganos. Así que, cuando Pablo y Bernabé llegaban y alteraban el orden establecido (prácticamente dondequiera que iban), no eran precisamente bienvenidos por la mayoría de los judíos ni de los gentiles. Esa es, tanto como

cualquier otra razón, la causa por la que vemos que Pablo era atacado y expulsado de las ciudades casi de manera rutinaria. Pero nunca se rindió, porque la causa era más importante que él mismo.

Terminemos con esta reflexión. El libro de Apocalipsis revela que los últimos tiempos se parecerán mucho a la época del Imperio romano, especialmente en cuanto a los desafíos que enfrentarán quienes adoran al Dios de Israel. Entonces, como creyentes que vivimos en el siglo XXI, ¿qué haremos? ¿Haremos lo que la sociedad quiere que hagamos? ¿Aprenderemos de la historia a transigir y actuar como los romanos, uniéndonos a su tolerancia hacia cualquier cosa y hacia todo, que ellos consideraban una expresión de amor e inteligencia? ¿Estaremos de acuerdo en que cualquier fe es tan buena y válida como la nuestra? ¿Practicaremos nuestra fe como un asunto estrictamente privado y la mantendremos oculta, sin mostrar ningún aspecto de ella en público ni en nuestro lugar de trabajo… a veces ni siquiera ante nuestros amigos o familiares?

¿O haremos lo que hicieron los judíos de la época de Pablo y de los años posteriores, aferrándonos obstinadamente a nuestra fe aunque el mundo nos malinterprete y nos considere distantes, intolerantes, poco amorosos y aislacionistas? Esto es lo que nuestro Salvador dijo acerca de este desafío:

Juan 15:17-21, CJB

17 ¨Esto es lo que les ordeno: ¡sigan amándose unos a otros!

18 Si el mundo los odia, entiendan que primero me odió a mí.

19 Si ustedes pertenecieran al mundo, el mundo amaría a los suyos. Pero ustedes no pertenecen al mundo; al contrario, yo los he escogido del mundo. Por eso el mundo los odia.

20 Recuerden lo que les dije: "Un esclavo no es superior a su amo". Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes; si obedecieron mi palabra, también obedecerán la de ustedes.

21 Pero les harán todas estas cosas por causa de mí, porque no conocen al que me envió¨.

Continuaremos con Hechos 14 la próxima semana.